

LOS RENOVADORES DEL REPUBLICANISMO ALICANTINO EN EL CAMBIO DE SIGLO DEL XIX AL XX

Pedro L. Angosto Vélez
Universidad de Alicante

Recibido: abril 2019/ aceptado: abril 2019

RESUMEN

Aunque en los últimos años se ha avanzado mucho, creemos que queda todavía una ingente tarea por delante para investigar y aquilatar debidamente el peso que los jóvenes republicanos alicantinos de principios del siglo XX tuvieron en la conformación del nuevo republicanismo, un republicanismo que, volviendo a sus raíces primigenias, se apartaría de la demagogia lerrouxista para adentrarse en las esencias del “ideal”, influyendo decisivamente en el resto del país y en el proceso que llevaría a la proclamación de la II República española.

PALABRAS CLAVE

Republicanismo en Alicante, republicanos alicantinos, pensamiento político decimonónico.

De todos es sabida la importancia que para el resurgir de la España vital tuvieron los núcleos catalanes, madrileños y valencianos. Se han publicado numerosos y exhaustivos estudios sobre ello, abundando las biografías y los libros de memorias, aunque también en estos casos estamos todavía muy lejos de tener un corpus sólido que nos ayude a conocer, en su integridad, sus raíces y desarrollo. Sin embargo, pese a que contamos con magníficos trabajos sobre el republicanismo alicantino, nos parece que la mayoría de ellos -¡es tan difícil romper las fronteras artificiales e interesadas que traza el mercado del libro!- no han trascendido las fronteras regionales para el público no especializado y todavía se sigue ignorando que hubo una generación de alicantinos imprescindible para conocer la historia del primer tercio del siglo XX

español, imprescindible a la hora de escribir la historia de la Segunda República española.

Madrid era la capital del reino de la Restauración, contaba con un incipiente movimiento obrero y era la sede de la política nacional, de todas, de la corrupta y de la naciente; Barcelona, el principal puerto del país, la primera ciudad industrial, la que tenía la burguesía más progresiva y también una de las más reaccionarias, la del proletariado combativo; Valencia, la ciudad del blasquismo, la única que logró imponer, mediante el sufragio, alcaldes republicanos contra la voluntad de los caciques de un régimen esencialmente corrupto. ¿Y Alicante? ¿Qué había en Alicante? ¿Qué ocurría en esa pequeña ciudad mediterránea donde los oligarcas se sucedían “pacíficamente” para ocupar el gobierno municipal y enviar a Madrid diputados cuneros?

A finales del siglo XIX, Alicante tenía cincuenta mil habitantes y casi todo estaba por hacer. Había llegado el ferrocarril en la década de los cincuenta y el comercio vinícola, a raíz de la filoxera que arrasó los viñedos franceses, trajo consigo unas décadas de prosperidad y crecimiento económico hasta entonces desconocidas, aunque no tanto como para que la ciudad cambiase su fisonomía urbana, política y social, pese a los esfuerzos del urbanista republicano José Guardiola Picó, empeñado en racionalizarla mediante la planificación y el diseño de un moderno ensanche de corte europeo.

Las exportaciones de vino a Francia durante las últimas tres décadas del siglo XIX provocaron que numerosas familias burguesas del país vecino se instalaran en la ciudad, que aumentarían las compañías consignatarias de buques, que creciera el tráfico marítimo y que el puerto se convirtiese en la principal “fábrica” de la ciudad, dando lugar al florecimiento de una incipiente burguesía que, en su mayoría, terminaría mezclándose con la aristocracia local. Sin embargo, Alicante no era una ciudad portuaria ni el comercio del vino sirvió para elevar el nivel de vida de todas las clases sociales, ni siquiera para consolidar una burguesía capitalista al estilo británico. El tratado comercial franco-español de 1882 produjo una enorme acumulación de capitales en pocas manos y un cambio de los hábitos inversores de los plutócratas de la ciudad. Si hasta entonces sus inversiones preferidas eran la compra de tierras, los préstamos usurarios y la deuda pública, a partir del

tratado comenzarán a invertir en negocios que les aseguren una renta mayor en un espacio de tiempo menor. Aunque no nos engañemos, esa burguesía alta nunca daría pasos en falso, y conforme fue consolidando sus beneficios se dedicó a inversiones seguras ligadas casi siempre a los servicios públicos: Tranvías, aguas, gas, electricidad y urbanismo. El capitalista de corte anglosajón no llegó a implantarse en la ciudad: Hubo un cambio de hábitos inversores, pero casi siempre se jugaba con la red de lo público.

Por el contrario, el comercio vitivinícola sí dio lugar a la aparición de una pequeña burguesía ilustrada y progresiva parecida a la que existía en la Francia de la Tercera República, aunque cuantitativamente menor, y a un proletariado que, en palabras del arquitecto Guardiola Picó, vivía en la más absoluta pobreza debido a los sueldos miserables que recibía a cambio de su fuerza de trabajo, no sólo en el puerto, sino en la fábrica de tabaco y las dos cerámicas que constituían todo el tejido industrial de la ciudad.

Y es que, Alicante vivía de cara al mar, pero también tenía una extensa huerta y muchos pequeños comercios. Los tres mundos confluían en el centro, en la ciudad vieja y el naciente ensanche, en los alrededores del puerto, en el viejo mercado. A la altura de 1895, cuando nació Carlos Esplá, era tan fácil encontrarse en una calle céntrica a un arriero con el carro cargado de hortalizas, que a otro con cajas de pescado recién sacado de la bahía; lo mismo a un potentado comerciante de vinos, que a un consignatario de aduanas, un rutilante abogado, un oficinista, un cajista de un periódico o un grupo de obreros amotinados contra los consumos. Alicante era ya una ciudad, pero el sabor y el olor a pueblo rezumaba por cada una de sus calles.

Empero había un hecho peculiar, algo difícil de explicar para quien no se haya zambullido en los papeles de aquel tiempo: Alicante tenía muchas menos escuelas de primaria de las que necesitaba, un solo instituto de enseñanza media y una Escuela Normal de Magisterio; también tenía, y eso es lo que resulta extraño a simple vista, dieciséis periódicos generalistas y otros tantos vinculados a asociaciones de diverso tipo. Ni la censura, ni la represión, ni la acción de los caciques, ni las multas gubernativas, ni la cárcel pudieron acabar con diarios republicanos como *La Unión Democrática*, *El Graduador*, *La*

Federación, El Porvenir, Las Germanías o El Republicano, diarios que formaban parte de esa red tan bien descrita por Ángel Duarte que, hundiendo sus raíces en la revolución de 1868 y en la Primera República, guardaba celosamente el fuego sagrado del “ideal” para transmitirlo inmaculado y mejorado a las nuevas generaciones.

No obstante, un algo de decadencia se vivía en las redacciones de los diarios republicanos más antiguos de la ciudad, *El Graduador*, dirigido por Antonio Galdó López y su hijo Antonio Galdó Chapulí, había surgido de las cenizas del Sexenio democrático y pronto, siguiendo la línea marcada por el posibilismo de Castelar, comenzó a aproximarse al Partido Liberal dinástico de Sagasta, lo que supuso la deserción de buena parte de sus redactores y la enemiga de la mayoría de los republicanos de la ciudad, sumiéndose en una lenta agonía que duraría hasta 1920. *La Unión Democrática*, con parecidas raíces, se erigió en heredero único de la “Gloriosa” y en órgano del Partido Republicano progresista que habían fundado en París Nicolás Salmerón y Ruiz Zorrilla, aunque durante sus primeros años dio cabida en sus páginas a los federales de Pi y Margall. Era su director Rafael Sevilla Linares, amigo personal de Salmerón, de Estébanez, de Pi y Margall, de Ruiz Zorrilla y de escritores y periodistas como Alfredo Calderón, Joaquín Dicenta, Eusebio Blasco o Rosario de Acuña, quienes, gracias a esa amistad, colaborarían regularmente en el periódico. Aunque los esfuerzos de Salmerón y del propio Sevilla, cada cual en su ámbito, por unificar a los republicanos alicantinos y españoles en un solo partido fueron grandes, no obtuvieron resultado alguno y el “viejo republicanismo” vivió desde el fin de la Primera República dividido en tantos partidos y grupos como republicanos había en España. Abundaban los grandes maestros, los prohombres a los que todos respetaban, pero el peso de la derrota, la debilidad de la burguesía española y la presión del nuevo régimen impidieron que ningún proyecto unificador llegase a buen puerto. De modo que conforme el siglo se acercaba a su final, con un breve resurgir al calor de las derrotas coloniales, *La Unión Democrática* fue languideciendo, llegando a decirse en la prensa oficialista que lo escribía en su totalidad el viejo Rafael Sevilla, aunque de ser ciertas esas informaciones, grande tuvo que ser su esfuerzo y mayor su tesón, pues el diario estuvo en la calle también hasta 1920.

Sin embargo, pese a ser los dos diarios citados los de mayor tirada y tradición republicana en la ciudad, fue *El Republicano*, dirigido por el abogado Guardiola Ortiz, el que más influencia tendría en la formación del nuevo republicanismo alicantino, ya que en él escribieron tres de sus máximos mentores, Antonio Rico Cabot, conocido popularmente como el Dr. Rico, el poeta Salvador Sellés y Hermenegildo Giner de los Ríos, por entonces profesor del Instituto de Alicante. *El Republicano*, era el órgano oficial del Partido Republicano de Alicante, creado, según escribe el profesor Francisco Moreno, a instancias de la Fusión Republicana de Nicolás Salmerón. Era un diario progresista, laico, anticlerical y regeneracionista, muy preocupado por la educación del pueblo y por la justicia social, y con una nómina de colaboradores habituales difícil de igualar: H. Giner de los Ríos, Antonio Rico, José Zahonero, Clarín, Joaquín Dicenta, Eusebio Blasco, R. M^a Labra, Emilio Castelar, Juan Valera, Emilio Zola, Ángel Ganivet, Jacinto Octavio Picón, Blasco Ibáñez o el propio Salmerón.

Si los periódicos republicanos continuaron, unos con más fortuna otros con menos dentro de una crisis que duraría décadas, difundiendo su ideario, no fueron menos importantes para esta generación instituciones como la Escuela Modelo, de la familia Albricias, que pese a su carácter confesional bebía en las fuentes pedagógicas más liberales y abiertas de Europa, en las enseñanzas de Pestalozzi, Montessori o Francisco Giner de los Ríos; el Instituto de enseñanza media con Hermenegildo Giner de los Ríos y José Verdes Montenegro a la cabeza, que llevaron a la ciudad las iniciativas de la Institución Libre de Enseñanza, la Logia Constante Alona, de la que fueron miembros una parte considerable de los republicanos de la ciudad, el Orfeón de Alicante del Dr. Rico, escuela de música y de ciudadanía, los círculos y ateneos republicanos que habían subsistido a la llegada de un nuevo rey y el celo de algunas familias, sobre todo de la pequeña burguesía, por transmitir a sus hijos el ideal republicano.

Caso paradigmático sería el de Carlos Esplá. Hijo y nieto de republicanos. Su abuelo Rafael Rizo había participado activamente en los hechos que condujeron a la revolución de 1868 y a la proclamación de la Primera República. Tras el golpe de Estado de Martínez Campos y la restauración de la monarquía, Rafael Rizo continuó acudiendo a la logia Constante Alona, donde coincidía, entre otros, con el arquitecto

Guardiola Picó, el doctor Rico, Eleuterio Maisonnave, José Gadea, Armando Alberola, Salvador Sellés, José Guardiola Ortiz, o el doctor Ausó y Monzó. La logia Constate Alona, como las redacciones de los diarios republicanos y los escasos clubes que quedaban en la ciudad, atravesaba durante los primeros años de la Restauración una difícil situación que se tradujo en una drástica reducción de sus miembros, lo que no fue óbice para que los demócratas más respetados de Alicante continuasen reuniéndose en sus locales para discutir sobre los problemas de España, elaborar estrategias de futuro y poner las bases para el renacer de la organización. Los concurrentes a las tenidas masónicas tenían una buena relación personal, aunque algunos de ellos no comulgaban con el ideal republicano, como era el caso de José Gadea y Pro, varias veces Alcalde de Alicante por Partido Liberal de Sagasta. De entre ellos, el Dr. Rico, el poeta Sellés, el abogado Guardiola Ortiz, Rafael Rizo y el arquitecto Guardiola Picó formarían un grupo bastante compacto personal e ideológicamente.

Aconsejado por Guardiola Picó y Armando Alberola, que estaba diseñando uno de sus proyectos arquitectónicos más ambiciosos, Rafael Rizo se hizo accionista de la sociedad que construía el barrio de Benalúa, en las afueras de la ciudad. Compró varias casas y en una de ellas se instaló junto a la familia Esplá-Rizo. Pronto, aquella casa fue convirtiéndose en un verdadero foco de republicanismo, el lugar obligado de visita y reunión para el grupo de amigos masones de Rafael Rizo. En su despacho, lleno de libros de Renán, Voltaire, France, Reclús, Galdós, Clarín, Dicenta y Víctor Hugo, alrededor de una mesa que había pertenecido al general Prim y bajo un gran retrato de Garibaldi, los concurrentes departían durante horas mientras tras las cortinas un niño escuchaba boquiabierto: Era Carlos Esplá.

Ese niño de seis o siete años que, a sabiendas de su abuelo y los demás contertulios, dejaba de jugar para, agazapado, oír las cosas que decían los mayores, había comenzado a acudir a la escuela de Don Dionisio, una escuela pública situada en las inmediaciones del Paseo de Canalejas. Allí, fruto de la casualidad, del azar o simplemente porque era la escuela más próxima a sus domicilios, coincidieron varios chavales que formarían el núcleo original de la generación del nuevo republicanismo alicantino: “En la Escuela de Don Dionisio, Pepito Alonso, carirredondo y lardosico, vivaz y decidor, vivía y

renovaba las fabulaciones que aprendía en novelones y cuentos y se creía D'Artagnan. Carlitos Esplá, cuidadoso, enormemente intuitivo, seriecito, como adivinando que tendría que ser un hombre antes de sazón. Aún le estoy viendo con sus ojos negros, brillantes, graves y su cara sonrosada, estar instantes apartado, como en acecho. El cuarto era yo... llegada la hora, salíamos triscando, colmados nuestros anhelos de movimiento y libertad, al Paseo Gadea". Rafael Selfa Mora y Armando Farga, con cuya hermana matrimoniaría Esplá años después, completarían un grupo unido tanto por su vitalidad, como por su afición incontenible por la lectura y su temprana vocación política. Al grupo se unirían con el paso de los años otros estudiantes procedentes de la Escuela Modelo que dirigía Lincoln Albricias, su propio hijo Franklin, Lorenzo Carbonell, Juan, Álvaro y Fermín Botella, José Dorado Martín, Ángel Pascual Devesa o Rodolfo Llopis.

Si algo caracterizaba a este grupo –Lorenzo Carbonell y Juan Botella eran los mayores-, era la energía y la curiosidad. No estamos ante una peña de amigos que se conoce en la escuela y por una u otra razón –la educación familiar, la influencia del maestro, el ambiente inmediato- siente una atracción irresistible hacia la lectura y lleva una vida distanciada y monacal dedicada exclusivamente al estudio. No, ni mucho menos. Leían en el parque Canalejas, en los recreos, en sus respectivas casas, a la orilla del mar, pero también se apedreaban, también perdían la noción del tiempo hablando en cualquier rincón de la ciudad vieja, explorando los pasadizos del castillo de Santa Bárbara, subiendo “furtivamente” a un barco de pescadores, jugando en el Paseo de los Mártires, y sobre todo reían, eran amantes compulsivos de la broma y de la risa.

El grupo se fue haciendo más fuerte, más compacto y, a la misma vez, más abierto. A la casa de los Esplá-Rizo en el barrio de Benalúa, se unieron dos lugares que, con el paso del tiempo todos recordarían con enorme cariño: La imprenta del padre de los Botella, donde los libros, periódicos y revistas se amontonaban por todos los rincones; y la trastienda de la miscelánea que la madre y la abuela de José Alonso Mallol habían abierto tras la temprana muerte del padre. Situada en las faldas del Castillo de Santa Bárbara, frente por frente al mar, en ella había una fantástica biblioteca con una ventana desde la que se veían, en todo su esplendor y extensión, la Playa del Postiguet y la Bahía de Alicante.

Sin embargo, todos sentían una atracción especial por el despacho del abuelo de Esplá, por las reuniones que en él se celebraban y las cosas que allí se decían. Ateos o agnósticos desde el primer despertar –sus familias, en buena parte, lo eran también–, apenas tuvieron contacto directo con la religión católica y en sus estudios esa materia se impartía como un tema más dentro de la asignatura de Historia. Libres de los condicionamientos religiosos, Esplá y sus amigos tenían una enorme curiosidad por escuchar las discusiones que sobre ese y otros muchos temas mantenían el Dr. Rico, Salvador Sellés, José Guardiola, Rafael Rizo y los demás concurrentes habituales, entre los que a veces se encontró Hermenegildo Giner de los Ríos. Cuando el despacho estaba vacío, los amigos disfrutaban registrando los cajones de la vieja mesa del Prim, leyendo en voz alta los libros de Flammarion o los Episodios Nacionales de don Benito Pérez Galdós, el escritor más venerado por los republicanos alicantinos después de Víctor Hugo. Un día, en un baúl, encontraron lo que parecía un trapo de grandes dimensiones envuelto con papeles recios. Pese al respeto que les producía por lo escondido que estaba, la curiosidad fue más fuerte. Rápidamente depositaron el fardo sobre el suelo, lo desnudaron y lo abrieron. Era una vieja bandera republicana en la que habían bordado con hilo de oro “Viva España con Honra”. En mitad de la faena, y ante los ojos atónitos de los chavales, apareció Rafael Rizo. Todos creían que iban a recibir una fuerte reprimenda. Pero no fue así. El abuelo de Carlos Esplá, llamó a su nieto al exterior del despacho. A solas le dijo que estaba encantado de que cogiesen sus libros pero que no le gustaba nada que revolviessen sus papeles y objetos. Acto seguido, ambos entraron de nuevo al despacho. Cuando esperaban lo peor, Rafael Rizo los invitó a todos a la merienda que al día siguiente tendría lugar allí mismo y a la que acudirían el Dr. Rico, Salvador Sellés, José Guardiola Ortiz y algunos amigos más. Aquella invitación formal marcaría para siempre a Carlos Esplá y a sus amigos. Corría el año de 1903. Por dar una idea de la precocidad de este grupo, decir que Carlos Esplá y Álvaro Pascual Leone tenían ocho años, José Alonso Mallol, once, Lorenzo Carbonell, que junto a Juan Botella, eran los hermanos mayores, veinte y dieciocho respectivamente, Álvaro Botella y Franklin Albricias, catorce y Ángel Pascual Devesa, trece.

Antonio Rico Cabot había nacido en Alicante en 1866, dos años antes de la Revolución. Sus primeros años transcurrieron entre la barbería

de su padre, la escuela y el instituto. En 1887 se licenció en Medicina por la Universidad Central. Tras unos años de trabajo como médico interno en el Hospital General de Madrid, regresó a Alicante, donde montó su propia consulta, una consulta que de inmediato se fue llenando de una adinerada clientela atraída por la fama que Rico traía de Madrid, donde había trabajado con los médicos y cirujanos más eminentes del país. Sin embargo, Rico era un hombre de carácter, de fuertes convicciones al que no convenía demasiado dedicar su vida a asistir a caballeros y damas de la alta sociedad que acudían a él, generalmente, por cosas de poca importancia. Pronto, sin cerrar la consulta de la que obtenía los ingresos que le permitían vivir y poder asistir a los que no tenían con qué pagarle, se dedicó a acudir a los barrios donde se apiñaban los más necesitados para, ante la desidia sanitaria del Gobierno, dedicarles todo el tiempo de que disponía. Si bien su prestigio entre las clases más adineradas de la ciudad fue cayendo –algunos periódicos como *La Voz de Alicante*, carlista y clerical, llegaron a decir que era hijo de Satanás-, Rico se fue convirtiendo en una de las personas más queridas y respetadas por los alicantinos.

Salmeroniano, en 1897 fue elegido miembro de la dirección de Unión Republicana, asistiendo después a la asamblea madrileña de la que saldría la Fusión Republicana, de la que fue directivo provincial. En 1901 fue elegido concejal y procesado al negarse, dado su ateísmo confeso, a jurar su cargo sobre la Biblia. Lo defendió su amigo José Guardiola, siendo absuelto en última instancia gracias a la encendida defensa que de él hizo Nicolás Salmerón. En 1903, fue uno de los fundadores de la Unión Republicana dirigida por Salmerón y en 1909, siendo de nuevo concejal, se afilió al Partido Radical, partido en el que duraría muy poco por sus desavenencias nada ocultas con Alejandro Lerroux y su apoyo a la Conjunción Republicano-Socialista, lo que le hizo distanciarse temporalmente de su amigo Guardiola Ortiz. En 1911, creó la Concentración Republicana Autónoma de Alicante, totalmente desligada de las posiciones defendidas por el emperador del Paralelo, volviendo a ser elegido concejal republicano en 1913. Después abandonó la política de partido y regresó a la medicina, escribiendo en diversos periódicos republicanos, participando en cuantos actos era requerido para defender los ideales que siempre había sostenido y reservando el tiempo necesario para “cuidar” de los jóvenes a los que tanto quería y de los que tanto esperaba.

Del paso del Dr. Rico por el Ayuntamiento de Alicante, han quedado dos huellas imborrables. La primera, el ejemplo de civilidad, de ética republicana que acompañó toda su trayectoria; la segunda, el impulso que dio para que los montes donde se alzan los castillos de Santa Bárbara y San Fernando, fuesen comprados por el municipio y convertidos en auténticos pulmones de la ciudad. Pero, sin duda, de cara al surgimiento y a la formación del nuevo republicanismo alicantino -del que no fue ajeno el ejemplo intachable que dio como político-, su iniciativa más notable fue la creación del Orfeón de Alicante. Y es aquí donde entroncamos de nuevo con la generación de Carlos Esplá.

Desde finales del siglo XIX, el Doctor Rico llevaba madurando la idea de crear un centro que albergase una coral compuesta por jóvenes de toda condición social, pero sobre todo de los barrios más pobres. En 1901, con la ayuda del maestro Poveda y de Salvador Sellés, el Orfeón tomaba cuerpo, trascendiendo la faceta meramente musical para convertirse en un centro de alfabetización, de difusión cultural y política. Rico, que era el médico de la familia Esplá-Rizo, llevaba años fijándose en la inteligencia, la viveza y el interés que Carlos Esplá -al que había ayudado a salir del vientre de su madre- y sus amigos tenían por los libros, la cultura y las cosas que apuraban a los seres humanos. Un día de 1907, el doctor Rico pidió al grupo que asistiera a las tertulias que tenían lugar en el Orfeón una vez acabados los ensayos de la coral. Aquellas reuniones se fueron haciendo habituales, y entre Rico y Sellés crearon una especie de academia de jóvenes -algunos casi niños- republicanos. Las lecturas a viva voz de textos de Rousseau, Voltaire, Hugo, Renán o Reclús, las discusiones entre Sellés, panteísta y espiritistas, y Rico, materialista y ateo, sobre el origen del Universo, la existencia de Dios, la ética republicana, la miseria obrera o la pena de muerte, fueron terminando de encauzar a unos chavales que parecían haber nacido con la vocación política debajo del brazo.

Del Dr. Rico y el poeta Sellés heredaron el compromiso con los débiles, con los desprotegidos, el anticlericalismo, el amor a la libertad y a todas las expresiones del intelecto humano, un profundo sentido de la responsabilidad y de la inmediatez de los actos, lo que les llevaría a iniciar y participar en multitud de empresas arriesgadas, a estar, desde muy jóvenes, en la lucha contra la opresión y la injusticia, aunque muchas veces esa actitud fuese perjudicial para sus intereses personales.

Y es que la vida personal no la concebían Rico y Sellés como la podía entender un burgués del tiempo, como privacidad, sino que tenía un sentido muy diferente: El individuo como tal, el buen republicano debía hacer todo lo posible para formarse, para ser más culto, para ser mejor, para aprovechar al máximo el último resquicio de sus capacidades, para, de este modo poder cumplir mejor con el compromiso colectivo, olvidándose entonces de su propio yo. El liberalismo de Sellés y Rico no era sinónimo de individualismo, sino que tenía un fuerte componente social: De nada valía la libertad, el bienestar y la cultura de unos pocos si el pueblo seguía sumido en la esclavitud, la miseria y la ignorancia. La misión de los buenos republicanos, de los buenos liberales, consistía en mejorar las condiciones de vida de los más desfavorecidos, inculcándoles el amor a la libertad y al saber, aunque para ello tuvieran que sacrificar su individualidad, sus aspiraciones personales.

Las largas charlas y discusiones del Orfeón, en las que poco a poco fueron interviniendo los jóvenes, terminarían por prolongarse, pasado un tiempo, hasta altas horas de la madrugada por el Paseo de los Mártires, la redacción de *La Unión Democrática* del viejo Sevilla Linares y la Playa del Postiguet. Rico y Sellés, se habían convertido, a través del Orfeón y con la ayuda de Francisco Albricias y su Escuela Modelo, en los creadores del nuevo republicanismo alicantino, un movimiento temprano, local, basado en los principios de la Revolución francesa, en la abnegación, en un comportamiento ético intachable y en las reformas que la Tercera República estaba llevando a cabo en Francia, que irradiaría poco a poco a buena parte del país. El Imperativo categórico de Kant, repetido hasta la saciedad por los dos maestros, se convertiría en la enseña ética de esa generación: “Obra de tal manera, que tu conducta sea un ejemplo para los demás”.

La mayoría de los amigos republicanos de Carlos Esplá pasó al Instituto de Enseñanza Media, donde todavía quedaba el poso de Hermenegildo Giner y José Verdes Montenegro. Así ocurrió con Rafael Selfa, Armando Farga, José Alonso Mallol, Álvaro Pascual Leone, José Irlés, Franklin Albricias, José Dorado y Álvaro Botella; Lorenzo Carbonell y Juan Botella, que como se ha dicho eran los mayores del grupo, habían dejado el Instituto para trabajar, el primero en diversos comercios hasta que logró montar una imprenta-librería; el segundo, en la imprenta paterna. Algo parecido ocurrió con Esplá, quien obligado

por la temprana muerte de su padre tuvo que dedicarse a trabajar en diversos comercios para mantener a su familia, matriculándose libre en la Escuela de Comercio, donde otro republicano y masón, José María Milego Inglada, impartía clases de Derecho Mercantil. Sin embargo, ni la dispersión académica, ni el trabajo, ni las desgracias familiares, fueron capaces de distanciar al grupo: Además de los lazos de amistad contraídos desde la más tierna infancia, el Orfeón del Dr. Rico seguiría siendo su segunda casa.